

IGNACIO GÓMEZ DE LIAÑO

EL ECLIPSE
DE LA CIVILIZACIÓN

la esfera  de los libros

Índice

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Prólogo</i>	13

PRIMERA PARTE

LA TRÍADA DE LA CIVILIZACIÓN

I. CICERÓN: DE LA LEY A LA MORAL	23
De Roma a Atenas	23
Contra los grandes ladrones	36
Contra los golpistas	40
Restaurando el Estado	46
Entre buenos libros y buenos amigos	58
Combatiendo al déspota y decapitado	68
La filosofía como medicina del alma	74
II. SÉNECA: PODER E INTROSPECCIÓN	81
De Córdoba a Alejandría	81
La entrada en el gran mundo	90

El desterrado	93
El maestro y el monstruo	112
El quinquenio feliz	117
Pedagogía a través del teatro	122
Hacer el bien	127
La retirada. Examen de conciencia	129
El cultivo moral de la persona	138
III. SAN PABLO: ACCIÓN Y FE	143
Rebelde y fariseo	143
La caída del caballo	151
Viajes misioneros	161
Pablo en Europa vía Grecia	167
La fe frente a la ley	179
Destino, Roma. Es decapitado	197
La revolución por la fe	208
IV. COINCIDENCIAS DE CICERÓN, SÉNECA Y SAN PABLO ..	211

SEGUNDA PARTE
LA TRÍADA DEL ECLIPSE

I. MAHOMA	217
Religión y política	217
Desplazamientos y búsquedas	220
El profeta de La Meca	221
El caudillo de Medina	226
La guerra santa	235
La mujer en el islam	242
La victoria. De nuevo en La Meca	251
Las últimas campañas y la muerte del profeta	254

Algo más sobre el islam y Lutero	258
Las ideas más relevantes de Mahoma	260
II. KARL MARX	263
El peso dialéctico de Hegel	263
Filósofo, comunista y periodista	266
El burgués enemigo de la burguesía	270
Altivez y agresividad	273
Profeta político-religioso	276
Lenin, el gran marxista	280
El neomarxismo chino	284
III. HITLER	291
De artista frustrado a dictador	291
La guerra como forma de hacer política	299
Con el Antiguo Testamento y Lutero	301
El ceremonial nacionalsocialista	303
Hitler y el teatro	305
El fascismo de Mussolini	307
El nacionalismo vasco de Sabino Arana	309
IV. MAHOMA, MARX Y HITLER FRENTE A CICERÓN, SÉNECA Y SAN PABLO	329
V. TIRANOCRACIA FRENTE A ÉTICOCRACIA. VARIACIONES DE LA DEMOCRACIA	335
Estado-espectáculo y religión política	335
Variaciones religiosas de la política	338
Los valores de la éticocracia	340
Bases de la tiranocracia	346
Urge regenerar	359
<i>Bibliografía</i>	361

Prólogo

*E*l eclipse de la civilización no tratará la «civilización» de forma genérica, ni tampoco lo que a menudo se entiende por «civilizaciones» como la china, la egipcia, la india o la maya. *El eclipse* se ocupa de qué entendieron por civilización, en el sentido de vida civilizada, figuras fundamentales como Cicerón, Séneca y San Pablo. Frente a ellos, he elegido como representantes de su eclipse a personajes también muy concretos: Mahoma, Marx y Hitler. Aunque en todos los casos me detendré en los episodios más significativos de sus biografías, trataré con más detenimiento a los de la primera serie, pues su vida y pensamiento tienen más interés, precisando las condiciones en que realizaron su obra, en un tiempo histórico tan parecido, pero a la vez tan lejano y distinto al nuestro.

Al exponer distintos aspectos de sus vidas insertaré, de forma *literal*, sus ideas. Walter Benjamin fue un bibliómano y un apasionado recolector de citas, como anota Hannah Arendt en el escrito que le dedicó en 1968. En él, cuenta que, cuando Benjamin trabajaba en su estudio sobre el teatro barroco alemán, se enorgullecía de su colección de más de seiscientas citas «clara y sistemáticamente ordenadas». Tenía la esperanza de que, con esa recopilación, algo

sobreviviría acerca del teatro barroco. Ese es mi deseo: que en este y tantos otros escritos sobreviva y se perpetue el pensamiento de los benefactores de la vida civilizada. Y, también, que no se olvide el de los promotores de su eclipse, para que su legado no se reproduzca ni se prolongue.

Antes de seguir adelante, aclaremos el significado de las dos palabras titulares. El diccionario de la RAE define «civilización» como «conjunto de costumbres, saberes y artes propio de una sociedad humana» y como «el estadio de progreso material, social, cultural y político propio de las sociedades más avanzadas». Es la segunda acepción la más congruente con este libro. En lengua inglesa, el diccionario Oxford la define como «conjunto de costumbres, ideas, creencias, cultura y conocimientos científicos y técnicos que caracterizan a un grupo humano en un momento de su evolución». Sobre todo, añadiría, cuando este ha alcanzado un elevado nivel moral, intelectual y social.

Estas definiciones remiten, en última instancia, a la facultad que tiene el hombre de conocer y querer, de hablar y relacionarse —y relacionar—, pues ahí está la base de los saberes y las artes, de los progresos de la ciencia y la cultura, de la paz y la concordia. Dado que «civilización» viene de *civis*, ciudadano, también puede decirse que es el conjunto de saberes y artes que enseñan al individuo a ser un buen ciudadano, con los deberes y derechos propios de esa condición. O sea, uno se ha civilizado cuando los usos, normas y costumbres han urbanizado nuestra conducta y diseñado las calles, plazas, paseos, avenidas y jardines de nuestra psique.

Si damos un paso hacia adelante, vemos que el individuo solo se civiliza si llega a ser persona, plano al que asciende cuando se forma moral, intelectual y estéticamente. «Persona» viene de un vocablo latino que significa máscara teatral. Para llegar a ser persona se han de aprender muchos papeles: los de padre, madre, hijo, hermano, comensal, usuario de autobús, profesor, empleado, militar,

paseante, fraile y un largo etcétera. No todos debemos aprender todos los papeles. Pero hay uno que todos debemos hacer nuestro: el de cómo ser ciudadanos y ser así personas civilizadas. Es un aprendizaje que requiere ese especial *cultivo* de la persona que se llama *cultura*.

¿Y qué decir de «eclipse»? El diccionario define ese vocablo como la «ocultación transitoria total o parcial de un astro por interposición de otro cuerpo celeste», como el «ensombrecimiento o deslucimiento de una persona o cosa, o de su importancia», y como «ausencia, desaparición de alguien o algo». Según la primera acepción tendríamos que el *cuerpo celeste* formado por MMH —Mahoma-Marx-Hitler— ha causado la ocultación del *astro* formado por la tríada de CSP —Cicerón-Séneca-Pablo—. Según la segunda y la tercera acepción MMH ha ensombrecido, deslucido o incluso ha hecho desaparecer los valores representados por CSP.

Adelantemos algunos detalles que pueden servir como pistas de la civilización. Cicerón, Séneca y Pablo coinciden en ver al hombre como un ser de condición divina. En el caso de Cicerón y Séneca, gracias al buen uso de la razón. En el de Pablo, por medio, sobre todo, de la fe en Jesucristo, si bien no contrapone la fe a la razón. Para los tres existe la verdad, pero según Cicerón y Séneca, el hombre solo puede acercarse a ella mediante opiniones verosímiles. Para los tres Dios es el principio racional que gobierna el Universo —para Pablo y Séneca es incluso paternal y ama a los seres humanos que, al fin y al cabo, son obra suya—, y el individuo solo puede realizarse abriéndose a los demás. El *otro*, sobre todo si es especialmente vulnerable, ha de verse como *otro yo*, como el amigo al que hay que entregarse. Con esa apertura y entrega se puede paliar la confrontación en la que las pasiones precipitan a los hombres.

Frente a la división sociopolítica en clases o estamentos, Cicerón, Séneca y Pablo ven a la humanidad como un conjunto de

seres a los que la naturaleza ha hecho esencialmente iguales y que solo se diferencian, en el fondo, por los valores morales e intelectuales que ponen en práctica. Los tres defienden los valores de la solidaridad y la fraternidad, de la libertad y la igualdad ante la ley, de la participación en la vida pública y la práctica de las virtudes, empezando por las cuatro platónicas o cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

Adelantemos también algún detalle sobre los personajes del eclipse. Mahoma, Marx o Hitler ponen el acento en su *idea de lo colectivo*: el islam, el proletariado o la raza que se han de imponer a los individuos, discriminando o sacrificando a los que no comulgan con la idea. En segundo lugar, en la *guerra*, que se ha de hacer a los enemigos de las ideologías colectivistas, a los infieles, los burgueses o los judíos, y por la utilización de *la coerción y el miedo* para controlar a la gente. También se oponen a Cicerón, Séneca y Pablo porque ofrecen a sus seguidores el Paraíso en el Otro Mundo —el islam—, o en el Futuro —el comunismo marxista o el nacionalsocialismo hitleriano—; mientras que a sus enemigos les reservan el *infierno* de la discriminación y la persecución.

En el capítulo final se abordará cómo hacer frente al eclipse de la civilización, en un tiempo en el que Vladimir Putin ha desatado la guerra en Europa invadiendo Ucrania, con el resultado de miles de muertos y millones de huidos en busca de refugio. Desgraciadamente, muchos no ven eclipse alguno, cegados por la acumulación de progresos tecnológicos que se han producido en los últimos cien años. Son avances que pueden servir para liberar a la sociedad tanto como para encadenarla. La tecnología es solo un componente, y no el más importante, de la civilización. Lo que de verdad importa es hacer de las sociedades éticocracias, o sea, conseguir que los valores de la civilización sustenten los Estados y la vida en común, y así evitar que se transformen en tiranocracias, por más que a veces se adornen con el nombre de democracias, término

que ha servido y sirve de camuflaje a no pocos regímenes esencialmente tiránicos.

La genealogía de este libro arranca en 1989, cuando publiqué *La mentira social. Imágenes, mitos y conducta*, donde estudiaba los ingredientes sociales en la formación de la persona, las exigencias y beneficios que depara la vida en sociedad, y, sobre todo, la influencia que tienen las imágenes y los mitos —ahora se dice «relatos»— en la conducta de los individuos y en la vida social y política. Unos años antes, en *El idioma de la imaginación. Ensayos sobre la memoria, la imaginación y el tiempo* (1983), ya había estudiado algunos de esos temas. En *Recuperar la democracia* (2008), di protagonismo a la vertiente política de la vida social. Me preocupaba el deterioro en que pueden caer las democracias y, en particular, el que padecía el español de 1978 a causa de los nacionalismos tribales, entremezclados con el socialismo y el comunismo. Como ese problema siguió inquietándome, el resultado fue *Democracia, islam, nacionalismo* (2018), donde abordé la amenaza del islam para la conservación de los Estados democráticos de derecho. Volví a tratar en él el problema del nacionalismo, y el capítulo final lleva el expresivo título de «Reconstruir la democracia».

Con el tiempo concluí que, para contrarrestar los males del Estado y el desmoronamiento de la civilización debía ir más al fondo. Se trataba de comprender qué es eso que llamamos civilización, cuáles son las causas de su eclipse y cómo podríamos afrontarlo. Eso es, justamente, de lo que trata este libro.

Primera parte

LA TRÍADA DE LA CIVILIZACIÓN

Cicerón (106-43 a. C.) nos muestra cómo era la persona y el magistrado, el intelectual y el orador, el hombre de familia y el amigo en la Roma que, unos años después de su muerte, se convertirá en un Imperio que abarcará las tierras que rodean el mar Mediterráneo, llegará hasta los bosques habitados por los «bárbaros del Norte» y penetrará, gracias al arte y la cultura, en Oriente hasta el Asia Central. Con su obra y su vida, nos enseña las ideas y valores de la civilización romana en numerosos discursos y obras filosóficas, y, de forma coloquial, en centenares de cartas escritas a familiares y amigos. En él podemos ver al gran conversador y al hombre de mundo que, en momentos especialmente dramáticos, se recluye en una celda —a menudo, en medio del campo— para consagrarse a la filosofía y pensar en los deberes y derechos del ciudadano, en el Estado y la ley, en el individuo y la humanidad.

Séneca (hacia 4 a. C.-65 d. C.) nos proporciona, como ningún otro autor de la Antigüedad, la idea que un gran escritor y filósofo, que también fue hombre de corte y ministro del emperador, tenía del hombre y de la divinidad, de los valores morales y políticos, del

autoanálisis y la persona, en la primera mitad del siglo I, o sea, cuando el Imperio está a punto de llegar a su apogeo y se está gestando el cristianismo, esa religión nacida en la periférica región de Galilea que fija el comienzo de nuestra era. En el gran analista y terapeuta del alma que fue Séneca, vemos a un hombre cuyo destino habría sido vivir en una celda, pero que se vio inmerso en el gran mundo y que profundizó en él como ningún filósofo lo había hecho hasta entonces. El cuidado del alma no le impidió, sino todo lo contrario, estudiar, como pocos autores de la Antigüedad, los más variados fenómenos de la naturaleza, desde los relámpagos hasta las mareas, desde la lluvia hasta las erupciones volcánicas. La naturaleza y el alma son para él realidades que se complementan y alimentan recíprocamente.

San Pablo (5-10 d. C.-hacia 64 d. C.) es, además de coetáneo estricto de Séneca, el principal propagador de la religión predicada por el galileo Jesús de Nazaret, también coetáneo de Séneca y de Pablo. Ciudadano romano, como Cicerón y Séneca, conocido por el hermano mayor de este, Novato, o Galión, cuando era procónsul de Acaia, Pablo se convertirá en el Apóstol de los Gentiles al consagrar su vida a propagar por numerosas regiones del Imperio de Roma unas creencias religiosas que cambiarán el destino de la humanidad y que tienen como trasfondo la filosofía representada por Cicerón y Séneca. Gran predicador y viajero, San Pablo es también hombre de acción que aspira, de alguna manera, a reducir el mundo a los estrechos márgenes de una celda. La celda donde se reúne para celebrar el ágape con su comunidad.

Cicerón, Séneca y San Pablo son tres personajes que forman parte, en cierto modo, de la alta sociedad. Cicerón y Séneca pertenecen al orden ecuestre de los *quirites*, pero ascenderán al superior orden senatorial y a la categoría de cónsul —en el caso de Cicerón—, y a ser el principal ministro del emperador —en el de Séneca—. Pablo se jactaba de ser *civis romanus* y de su prosapia fari-

sea. Son tres figuras que, por su procedencia, de alguna manera ponen ante nuestros ojos el Imperio en su conjunto. Cicerón nace en Arpino, villa situada en el Lacio —entre Roma y Nápoles—, en el corazón del Imperio. Séneca ve la luz en Córdoba, importante ciudad de la Bética, en España, la provincia más occidental del Imperio, donde también nacerá Marco Ulpio Trajano (52-117), el más ilustre, junto con César Augusto, de los emperadores. Pablo nace en Tarso, capital de Cilicia, una de las regiones más orientales del Imperio.

A lo largo de sus turbulentas vidas, estos tres personajes viajarán a regiones alejadas de Roma: Cicerón, a Atenas, donde se dedicará al estudio, y al Oriente, donde desempeñará funciones de alto magistrado. Séneca, a Egipto, donde pasará algunos años de su juventud. Pablo viajará, en su labor misionera, por la mitad oriental del Mediterráneo y llegará a España, según tradiciones que dan por hecho su firme y expreso propósito de predicar el cristianismo en ese país.

Aunque de procedencias geográficas tan distintas, los tres van a parar a Roma: Cicerón y Séneca, en sus primeros años; Pablo, al final de su vida. Los tres encontrarán allí el triunfo y la muerte. Una muerte violenta. Cicerón será asesinado por los esbirros del triunviro Marco Antonio. Séneca será condenado a suicidarse por orden del que fuera su alumno, Nerón. Pablo será decapitado en las mismas fechas en que Séneca se vio obligado a quitarse la vida.

No es una tarea demasiado difícil relacionar a estos tres escritores e ideólogos. Séneca conocía a fondo la obra de Cicerón y, según la tradición, tuvo relación con Pablo. En los Hechos de los Apóstoles se cuenta que el hermano mayor de Séneca, Galión, conoció a Pablo en Corinto en un trance especialmente delicado para el Apóstol, del que lo libró el hermano de Séneca. La correspondencia que se conserva de Pablo y Séneca es reivindicada por estudiosos actuales como auténtica —excepto una o dos de las catorce

cartas—, después de que otros la hubiesen tachado de apócrifa. En todo caso, es impensable que una personalidad como la de Séneca no conociese la labor misionera que en su tiempo desarrollaban los primeros cristianos, sobre todo cuando es sabido que «en la casa de César» había seguidores de Cristo.

I

CICERÓN: DE LA LEY A LA MORAL¹

DE ROMA A ATENAS

Marco Tulio Cicerón nació el 3 de enero del año 106 a. C. y falleció el 6 de diciembre del 43. Hijo de Marco, de la tribu Cornelia, consagró su vida a la política, la oratoria, la abogacía, la filosofía y, también, a la amistad. «Es la personalidad de la antigua Roma», dice Antonio Fontán, «que ha ejercido una influencia más honda y duradera en la cultura occidental». Y Anthony Everitt señala que «los Padres de la Cristiandad lo vieron como modelo de buen pagano [...], su redescubrimiento por Petrarca le permitió ejercer una poderosa influencia en el Renacimiento. A los filósofos de la Ilustración francesa les encantó su escepticismo».

¹ Obras de Cicerón de donde proceden las citas: *La república* (Re); *La república-Sueño de Escipión* (ReS); *Las leyes* (Le); *La naturaleza de los dioses* (NatD); *La adivinación* (Div); *El hado* (Ha); *El supremo bien y el supremo mal* (Sup); *Oficios* (Of); *La vejez* (Vè); *La amistad* (Am); *Cuestiones académicas* (Ac); *Cuestiones tusculanas* (Tus); *Epístolas familiares* (EpF); *Epístolas a Ático* (EpA); *Epístolas a Quinto* (EpQ); *El orador* (Or); *En defensa de Arquías* (Arq). En la Bibliografía figuran los libros de los que han sido extraídas.

La familia de Cicerón no pertenecía a la clase senatorial, sino al orden ecuestre. Era gente acomodada que desde generaciones vivía en Arpino. En el año 304 a. C., con el final de la Segunda Guerra Samnita, Roma había ocupado Arpino y concedido a sus habitantes, entre otros derechos propios de la ciudadanía romana, el de comerciar y matrimoniar con ciudadanos romanos.

La casa familiar de Cicerón era una *domus parva*, quizá un case-río rural, en el que también se desarrollaban actividades industriales, como la lavandería, lo que provocaría burlas entre los aristócratas romanos. El padre de Cicerón agrandó la vivienda y construyó un pórtico. Allí sitúa Marco Tulio el inicio de su diálogo *Sobre las leyes* (*De legibus*). Al tratar de las leyes que han de regular la vida social, Cicerón, que ya tenía cincuenta y cinco años cuando escribió esa obra, no podía sino evocar el lugar en cuya administración se habían implicado su abuelo y otros familiares, y donde se encontraban los altares de la familia. De la madre de Cicerón se sabe que pertenecía a una *gens* notable, que de su familia fueron dos pretores y que debió de morir en fecha temprana.

El nombre de Cicerón viene de *cicer*, o sea, «garbanzo». Probablemente se le dio a un antepasado suyo que tenía en la punta de la nariz una verruga. Marco Tulio prefirió mantener ese apelativo, a pesar de haber sido objeto de mofa por ello. «Siendo cuestor de Sicilia», cuenta Plutarco, «hizo a los dioses una ofrenda [copa] de plata, en la que inscribió sus dos primeros nombres, Marco y Tulio, y en lugar del tercero dispuso por una especie de juego que el artífice grabara al lado de las letras un garbanzo» (I).² Esta anécdota revela dos rasgos del carácter de Cicerón: su ingenio y su afición a las bro-

² Los números romanos sin añadidos y entre paréntesis hacen referencia a la biografía de Cicerón que figura en las *Vidas paralelas* de Plutarco. Utilizo la traducción de A. Ranz Romanillos, Calpe, Madrid, 1921.

mas, lo que, como señala Plutarco, ofendió a no pocos y «le atrajo la nota de maligno» (V).

Cicerón hizo sus primeros estudios en Arpino y descolló entre sus compañeros. Ya en su adolescencia le apasionó la poesía. Dice Plutarco que «se ha conservado un poemita de cuando era un muchacho, titulado *Poncio Glauco*» (II) y que era capaz de hacer quinientos versos en una noche (XL). Ya entonces se inició en la lengua griega que, con los años, se convertiría en su segunda lengua. Su padre le facilitó el traslado a Roma, ciudad en la que tenía importantes relaciones. En vida de Cicerón, Roma llegó al millón de habitantes, de los que una cuarta parte eran esclavos. El *puer* Marco Tulio puso casa en la ladera del monte Esquilino y, teniendo unos quince años, se introdujo en el selecto círculo de los Escévolas, eminentes letrados y oradores. Cicerón cuenta que en su juventud no se separaba del *senior* de los Escévolas, el augur Quinto Mucio Escévola, que tenía ochenta años y había sido cónsul. A la muerte de este, en el 87 a. C., tampoco se separaba de Escévola el pontífice, que fue cónsul el año 95 y asesinado el 82 a. C. Entre el 90 y el 82 el adolescente de Arpino adquirió una excelente formación doctrinal y práctica en los campos del derecho y la oratoria, y tuvo acceso a los personajes más destacados de la sociedad romana. Entre estos se contaba el orador y estadista Lucio Licinio Craso, que era yerno del mayor de los Escévolas, el augur. Este Escévola era yerno, a su vez, de Lelio, que fue cónsul en el 140 a. C. y amigo íntimo de Escipión, la personalidad política y militar más importante de toda la historia de la república romana. Lelio, al que se le conocía como el sabio (*sapiens*), protagoniza los tratados *De senectute* y *De amicitia*, que Cicerón escribirá en su vejez.

En sus años mozos, Cicerón, que ya era un buen conocedor de la literatura griega, tradujo del griego al latín al historiador Jenofonte, al poeta astronómico Arato y al príncipe de los filósofos, Platón, que será para él el filósofo por antonomasia. Hizo también

importantes progresos en los estudios de filosofía y retórica, y escribió un poema épico, el *Marius*, del que solo se han conservado unos pocos fragmentos. También tuvo alguna experiencia militar, pues hacia el 89, en medio de la Guerra Social entre Roma y las ciudades itálicas que reclamaban la ciudadanía, se enroló en el ejército de la república.

Su primera actuación forense documentada fue la defensa de Publio Quincio. Tuvo lugar en el año 81. Como causa de su demora en subir al podio de los oradores no se debe descartar el nerviosismo que experimentaba, según cuenta en una de sus cartas familiares (XVI 26), cuando, al pronunciar un discurso, se convertía en centro de atención. Plutarco lo corrobora cuando dice que «hablaba siempre en público con miedo, y con dificultad se vio libre de la agitación y el temblor» (XXXV).

En esas fechas Cicerón se relacionó con el filósofo estoico Diodoto, que pasó a vivir en su casa de Roma. También siguió las lecciones que en griego daba el rétor helénico Apolonio Molón, llegado a la Urbe desde Rodas el año 87 para pedir ayuda frente al asedio de la isla por el rey Mitrídates VI del Ponto.

Cicerón se sintió tan atraído por la filosofía que, siendo todavía joven, dio vueltas a la idea de abandonar sus actividades políticas y jurídicas para dedicarse por entero a la filosofía (IV). En una de sus cartas familiares hace una declaración que confirma esa pasión temprana: «Si desde mi tierna infancia me han deleitado todo género de artes, la doctrina liberal y especialmente la filosofía, esta afición va cada día, según creo, por la madurez de los años que lleva hacia la prudencia, y por los vicios de los tiempos, de suerte que no hay otra cosa que pueda aliviar mi alma de las molestias» (CLXXVI 4). Ya en su madurez, confía a su amigo Ático: «¿Por qué pienso yo en estas cosas [de índole política] que tengo resuelto dejar y dedicarme con toda el alma y todo mi esfuerzo a la filosofía? Sí, así lo tengo pensado. Ojalá lo hubiera hecho desde el principio. Ahora

que he experimentado la vanidad de las cosas, que en algún tiempo pensé que eran las más apreciables, tengo resuelto entretenerme con todas las musas» (*EpA XVIII 2*).

Junto a la retórica, la ocupación principal de Cicerón en sus años juveniles fue el estudio de las cuatro escuelas principales de filosofía: la de los peripatéticos, basada en la obra de Aristóteles y Teofrasto; la de los académicos, cuyos orígenes se remontaban a Platón y que estaba en la fase «probabilista» de la Academia Media; la de los estoicos, de la que adoptará el culto a la virtud y su visión universalista de la sociedad y la moral; y la de los epicúreos, que es de la que Cicerón se sentía más alejado, a pesar de que a ella estaba afiliado su amigo Tito Pomponio Ático (110-32 a. C.), al que veía como un «segundo hermano». Cicerón mantuvo con Ático una abundante correspondencia epistolar, que en buena parte se ha conservado, y a Ático le debe en buena medida la posteridad el conocimiento de la obra de Cicerón, pues él se encargó de editarla y difundirla.

En *Sobre la naturaleza de los dioses* Cicerón da interesantes detalles sobre los maestros con quienes había aprendido filosofía cuando «Roma era Atenas». La relación empieza con el estoico Diodoto, sigue con Filón de Larisa, de la Academia Media, Antíoco de Ascalón, también académico, y Posidonio, el *uomo universale* de la época, que además de filósofo estoico, era geógrafo, historiador y político. Marco Tulio atendió también a las enseñanzas de los epicúreos Fedro y Zenón. Del eclecticismo filosófico de Cicerón nos habla su amistad con el epicúreo Ático y con el peripatético Calpurnio Pisón (Pupio).

Para su profesión de orador y abogado, Marco Tulio estimó que la más práctica de las escuelas filosóficas era la de la Academia Media, dada la importancia que confería a la argumentación para sostener opiniones contrapuestas y llegar así a la suspensión del juicio, o a la aceptación de la opinión que se estimaba más probable y

próxima a la verdad. En la orientación académica que Cicerón dio a su pensamiento pudo influir la gran sensación que suscitaron, en la Roma de los años 156 y 155 a. C., sobre todo entre la juventud, los discursos del fundador de la Academia Media, Carnéades, por el rigor con que acertaba a defender tesis contrapuestas.

A sus veinticinco años, Cicerón era sin duda el *eques*, o caballero, más culto y mejor equipado intelectualmente que había subido al escenario de la vida pública en la república. Dominaba el griego, se había acreditado como maestro en el arte de la palabra, según lo muestran los libros *De inventione* que escribió en su juventud, había frecuentado la obra de los poetas y filósofos más variados del universo heleno y sondeado las profundidades de la mente, la cual, gracias a una especie de *furor* divino, podía adivinar el futuro, asunto que debate con su hermano Quinto en *De divinatione*.

Los libros filosóficos de Cicerón de los que se tiene noticia son treinta y nueve. Se han conservado íntegros veintisiete y extensos fragmentos de otros cinco. Los de retórica son once y hoy ocupan un millar de páginas. De su poesía se ha conservado poco. Se sabe que tradujo el *Económico* de Jenofonte y que, entre otros diálogos de Platón, vertió al latín dos de los principales desde un punto de vista teórico, el *Protágoras* y el *Timeo*. Su epistolario comprende novecientas catorce cartas, de las que 774 son del propio Cicerón. Casi todas tienen fecha y fueron escritas entre el año 68 y el 43, en cuyo mes de diciembre será asesinado. La correspondencia con Tito Pomponio Ático ocupa dieciséis libros. Otros tantos son los de las cartas dirigidas a amigos y parientes —*Ad familiares*—. Si a esta obra sumamos los numerosos discursos que se han conservado, como las *Verrinas*, las *Catilinarias*, las *Filípicas* y un largo etcétera, vemos que de Cicerón han llegado hasta nosotros más de diez mil páginas. Es el autor latino del que han sobrevivido más obras, que, por otro lado, se han podido leer de forma continuada a lo largo de más de veinte siglos. Con razón dice A. Fontán que «junto con

Virgilio —este en verso y él en prosa— es el autor más importante de la lengua latina, y ambos los que más amplia y duradera proyección han tenido en las centurias siguientes» (66). A lo que cabe añadir que, al latinizar la filosofía griega, Cicerón la universalizó.

Marco Tulio compuso *De inventione*, probablemente hacia el año 86 a. C., cuando aún no había cumplido los veinte años. Esa obra trata de la principal sección de la retórica, la «invención», que versa sobre la búsqueda y organización de los asuntos en un discurso. De esa época es también el tratado *Ad Herennium*, que durante siglos se atribuyó a Cicerón, pero que, en realidad, fue escrito por un autor coetáneo cuya identidad se desconoce. En el *Ad Herennium* se expone de forma extensa y sistemática la parte de la retórica dedicada a la memoria o mnemotecnia, que Cicerón practicó, como era preceptivo para los estudiantes de esa disciplina. En *De finibus bonorum et malorum* aludirá Cicerón a una de las bases de la mnemotecnia: «Tan grande es la fuerza rememorativa que tienen los lugares, que no sin razón se ha basado en ellos el arte de la memoria» (V 1 2). Y en *Cuestiones académicas* afirma que «la memoria [es la] facultad que [...] abarca no solo la filosofía, sino también toda conducta de la vida y todas las artes» (II VII 22).

Plutarco refrenda su excelente memoria: «No solo se acostumbró a conservar los nombres de los ciudadanos en la memoria, sino que sabía en qué calle habitaba cada uno de los principales, qué posesiones tenía, qué amigos eran para él los de mayor influjo y quiénes eran sus vecinos; y por cualquier parte que Cicerón caminara de la Italia podía sin detenerse expresar y señalar las tierras y las casas de sus amigos» (VII).

A lo largo de su vida, Marco Tulio escribirá, acerca de la retórica, el *De oratore*, que compuso unos treinta años después del *De inventione*, y, entre otros tratados, los intitulados *Topica* y *Partitiones oratoriae*, *Brutus* —donde se hace una historia de la elocuencia romana—, *Orator* y *De optimo genere oratorum* —este último conser-

vado solo en parte—. Así como el oficio de médico consiste en curar la enfermedad para devolver la salud al paciente, el de orador consiste en hablar en público para persuadir a los oyentes de lo que el orador quiere comunicarles. Dicho con otras palabras, así como la ciencia del médico es la del conocimiento de los medicamentos y tratamientos terapéuticos mediante los cuales curar al enfermo, la oratoria es la ciencia del habla mediante la cual persuadir a los oyentes.

Ya en un escrito tan temprano como es *De inventione*, el joven arpinate sostiene que la *copia dicendi* y un *summum eloquentiae studium* han hecho más bien que mal a las sociedades civilizadas, y que así será siempre que se una la elocuencia a la sabiduría —*eloquentia* con *sapientia*—. A esa meta aspiró Cicerón a lo largo de su vida. En los discursos, como en la vida, la ética debe reservarse siempre la última palabra. Aunque en *De inventione* Cicerón ya se muestra próximo al probabilismo epistemológico de la Academia Media, no por eso deja de reconocerse deudor de Aristóteles y otros peripatéticos, así como del retórico griego Isócrates y los discípulos de este. Piensa que de todas esas fuentes proceden las ciencias de la palabra.

Cuando treinta años después, en el 55 a. C., compone *De oratore*, cuyos primeros lectores fueron su amigo y editor Tito Pomponio Ático y el sabio enciclopédico Marco Terencio Varrón, lo que Cicerón plantea no son solo cuestiones culturales, sino otras de más alcance para la república y sus instituciones. Los interlocutores del diálogo —Antonio, Escévola, Craso y el joven Cotta, que figura como informante de Cicerón—, encarnan los valores de la república hacia el año 91 y, dado que siguen la línea de los neoacadémicos, no pretenden llegar a conclusiones definitivas. En esos años —del 55 al 51—, Cicerón traza una filosofía de la elocuencia en *De oratore* y también una filosofía política en *De re publica*, y una filosofía jurídica en *De legibus*. «Sin la filosofía no puede formarse el

orador elocuente que buscamos» (*Or* 4 14); «Tres cosas tiene que mirar el orador: qué decir, en qué ocasión cada cosa y de qué modo» (*Or* 14 43); «Las variaciones de la voz son tantas como las del ánimo, que es conmovido principalmente por la voz» (*Or* 17 55).

«Los sofistas buscan frases más brillantes que persuasivas, se apartan a menudo del asunto, insertan fábulas, dan más claramente sentido metafórico a las palabras y las disponen como los pintores disponen los varios colores» (*Or* 19 65).

«Aun cuando el lenguaje de ciertos poetas es magnífico y ornado, dejo sentado sin embargo que en él la libertad de formar y componer las palabras es mayor que en nosotros, los oradores, y, además, que con la aquiescencia de algunos críticos atienden más a los sonidos que a su contenido» (*Or* 20 68).

«Cuantos son los deberes del orador tantos son los estilos: el sencillo en el probar, el templado en el deleitar, el vehemente en el conmoer, condición esta última que por sí sola resume toda la esencia del orador» (*Or* 21 69).

«Hablar con ornato y ritmo sin ideas es locura, y hablar con ideas sin orden ni medida en las palabras, puerilidad» (*Or* 71 236).

Pasemos ahora a recorrer las citas que tienen que ver con la razón propia de la condición humana y su alta categoría ontológica.

«Como nada hay mejor que la razón, y esta es común a dios y al hombre, la comunión superior entre dios y el hombre es la de la razón» (*Le* I 7 23).

«La razón de una conducta justa [*recte vivendi ratio*] hace mejores a todos» (*Le* I 11 32).

«Las partes del mundo son sostenidas por una naturaleza consciente [*natura sentiente*] en la que se halla la razón perfecta, que es ella misma sempiterna» (*Ac* IVII 28).

«Nuestras discusiones no hacen otra cosa que, hablando en pro y en contra, hacer brotar y, por así decir, extraer algo que sea la verdad o se aproxime a ella lo más cerca posible» (*Ac* II III 7).

«La razón ocasionó el inicio de la investigación; ella perfeccionó la virtud, pues la razón misma se consolidó investigando [*quaerendo*]» (*Ac* II VIII 26).

«La mente misma es la fuente de los sentidos y, además, es ella misma un sentido» (*Ac* II X 30).

«El placer impide el buen consejo; es enemigo de la razón y, por así decirlo, ciega los ojos de la mente y no tiene comercio alguno con la virtud» (*Vē* XII 42).

«En el tiempo del paseo es cuando ordeno y medito las cosas» (*EpQ* LXXXI 1).

Tras dedicarse algo más de un año a la abogacía, Cicerón inicia en la primavera del 79 su gran viaje al Oriente, visitando Grecia, Asia Menor y las islas, particularmente Rodas. Esa gira de dos años le permite profundizar en la cultura helénica. Cicerón habría dado a entender que hacía su viaje por razones de salud, pues tenía un estómago débil y malas digestiones. La razón pudo estar, sin embargo, en su temor al dictador Sila. Este se había incomodado porque Cicerón, en el año 79, hizo un discurso en defensa de Roscio Amerino sobre un problema sucesorio, en el que el orador dirigió de forma implícita un ataque a Sila.

En su viaje Cicerón recibió en Atenas las enseñanzas de Antíoco de Ascalón —académico ecléctico y sucesor de Filón de Larisa—, Zenón y Fedro —epicúreos—, y escuchó a importantes oradores (IV). En Rodas, a donde llegó al final de su periplo, escuchó las lecciones de Apolonio Molón, que le enseñó aspectos prácticos de la retórica, y pronunció un discurso en griego que Apolonio elogió calurosamente. En Rodas también visitó al ya mencionado estoico Posidonio de Apamea (c. 135–50 a. C.), historiador, filósofo, maestro de elocuencia y sabio universal, al que, por cierto, se debe la imagen de una piel de toro extendida y abierta para representar la península ibérica, que había visitado con talante de estudioso. Mientras que en Oriente se vio a Cicerón como la persona que

trasladaba el centro intelectual de Grecia a Roma, en Roma, a su regreso, se le motejó de «griego» (V).

El arpinate y su grupo estuvieron en Atenas unos seis meses en el primer año. Cicerón fue iniciado en los misterios religiosos de Eleusis, santuario ubicado a pocos kilómetros de Atenas. En esos misterios se representaba la muerte y el renacimiento, con el descenso al infierno y la visión de la vida futura. Cicerón quedó tan conmovido que, en *De legibus*, cuenta que, vieron «como verdaderos principios vitales, ya que nos dan una norma, no solo para vivir con alegría, sino incluso para morir con una mejor esperanza» (II 14 36). Vivir con alegría y aprender a morir con esperanza serán una constante en su filosofía y en su vida, en la que aspirará a disfrutar de una paz (*pax*) entendida como *tranquilla libertas*, o sea, como «apacible libertad».

Repasemos las citas en que nuestro autor hace referencia a la muerte y a temas relacionados.

«[Platón cuenta en el libro X de la *República* que] Er de Panfilia, después de haber sido colocado en la pira, volvió a vivir de nuevo y contó muchos secretos del mundo inferior. Las cosas que se dicen de la inmortalidad del alma y de los cielos no son ficciones de filósofos que sueñan» (*ReVI* 3 3).

«Todos los que han preservado, ayudado o agrandado su patria tienen preparado un lugar especial en los cielos, donde pueden gozar de una eterna vida de felicidad. Pues, de todo lo que se hace sobre la tierra, nada es más agradable a ese Dios supremo que rige todo el universo que las asambleas y reuniones de los hombres asociados en la justicia, llamadas ciudades o Estados. Sus gobernantes y conservadores les llegan de ese lugar celeste y a ese lugar regresan» (*ReS* 13 13).

«Todos aquellos que escaparon de las ataduras del cuerpo, como de una prisión, están vivos. En cambio, esta vida nuestra, que los hombres denominan así, es en realidad una muerte» (*ReS* 14 14).

«La ley que manda rendir culto a los humanos que fueron consagrados, como Hércules y otros, da a entender que las almas de todos son inmortales, pero que las de los esforzados y virtuosos [*fortium bonorumque*] son divinas» (*Le II 11 28*).

«La muerte no es una destrucción que todo lo arrastra y aniquila, sino una cierta emigración y cambio de vida, que en los hombres y mujeres ilustres solía ser camino hacia el cielo» (*Tus I 12*).

«No hay velocidad que pueda rivalizar con la rapidez del alma» (*Tus I 19*).

«Sin duda seremos felices, cuando, dejados los cuerpos, nos veamos libres de pasiones y emulaciones. Y nos entregaremos por entero a la contemplación y estudio de las cosas, porque en nuestra alma hay por naturaleza una insaciable pasión por conocer la verdad» (*Tus I 19*).

«Es el alma quien ve y oye y no esas partes, que son como las ventanas del alma, por la cuales nada puede percibir la mente si ella no lo hace o asiste» (*Tus I 20*).

«La vida de los filósofos, como dice Platón [*Fedón 67d*], es una meditación de la muerte» (*Tus I 31*).

«Si buscamos la verdad, la muerte nos aparta de los males, no de los bienes» (*Tus I 34*).

«En la medida en que nada nos afectó antes del nacimiento, así nada nos afectará tras la muerte» (*Tus I 38*).

«Tienes en el sueño la imagen de la muerte, y lo abrazas a diario» (*Tus I 38*).

«Pensemos que gracias a la muerte somos libres de la cárcel y aligerados de los grilletes, o para volver a una mansión eterna y como propia, o para carecer de toda consciencia y sinsabores» (*Tus I 49*).

«Cuando por el sueño queda separado el espíritu del comercio del cuerpo, recuerda el pasado, ve con claridad el presente y prevé el porvenir. Los atacados por una enfermedad grave y mortal prevén el instante de morir. Con frecuencia en este trance ven las imágenes

de lo que fueron. Los moribundos adivinan... La proximidad de la muerte facilita el conocimiento del porvenir» (*Div I XXX*).

«La saciedad de la vida madura el tiempo de la muerte» (*Vé XX 76*).

De nuevo en la Urbe, Cicerón establece estrechas relaciones con las sociedades de publicanos o arrendadores y con los gestores de impuestos públicos. Contrae matrimonio con Terencia, una dama de clase alta y buena posición económica, lo que representó para el joven orador un incremento notable de su fortuna. A las dos fincas que poseía —una en Arpino y otra cerca de Pompeya— pudo añadir la dote aportada por Terencia, que era de unos cien mil denarios, a los que hay que sumar otros noventa mil recibidos en una herencia. A esa suma se han de añadir algunas propiedades rústicas y derechos de explotación de tierras pertenecientes a la república. Con Terencia, Cicerón tendrá dos hijos: Tulia, nacida el año 79, y Marco, nacido el 65. El matrimonio duró casi treinta años y se rompió en el 48 poco después de la muerte de su adorada Tulia o Tuliola. Cicerón se casó entonces con una joven llamada Publilia, pero ese matrimonio duró poco. De Terencia se cuenta que vivió ciento tres años y que se casó por segunda vez con el historiador Salustio, que relató la conjuración de Catilina, suceso tan importante en la vida de Cicerón.

Tal vez Marco Tulio habría estado de acuerdo con Catón, cuando este, según Valerio Máximo, sentenció: «Nosotros dirigimos el mundo, y nuestras esposas nos dirigen a nosotros», pues, en palabras de Plutarco, «Terencia no era encogida y cobarde por carácter, sino mujer ambiciosa, y, como dice el mismo Cicerón, más bien tomaba parte en los cuidados políticos del marido que la daba a este en los negocios domésticos» (*XX*). Más adelante, afirma que Terencia «era de genio fuerte y que dominaba a Cicerón» (*XXIX*). Cicerón tenía en alto concepto a la mujer: «¿Por qué una mujer no puede tener dinero de su propiedad?» (*Re III 10 17*); «En las leyes hay que establecer con suma diligencia que el honor femenino

[*mulierum famam*] quede defendido por la luz del día a la vista de todo el mundo» (*Le* II 15 37).

Cicerón se muestra contrario al trato que se solía dar a la mujer, cuando señala que, en las ciudades griegas, menos en Esparta, las mujeres «vivían encerradas entre las sombras de las paredes con un género de vida muelle» (*Tus* II 15).

Casi un año y medio después del regreso de su gira oriental, en julio del año 76 Cicerón es elegido para el cargo de cuestor en Sicilia, primer escalón del *cursus honorum*. Allí llega en diciembre de ese año. Durante su mandato, ganó crédito en la provincia por su escrupulosa y benévola forma de administrarla. Viajó por toda la isla, estudió su historia y monumentos, buscó huellas o recuerdos de Pitágoras e hizo buenas amistades.

Estando en Siracusa, brillante ciudad en la que había residido Platón, Cicerón descubrió la tumba de Arquímedes. Treinta años después, relata el hallazgo en el libro V de las *Disputaciones tusculanas*. Cicerón se sabía de memoria unos versos que se habían grabado, a modo de epitafio, en la tumba del famoso científico. En ellos se decía que, encima de la tumba, se habían colocado las figuras de la esfera y el cilindro. Los siracusanos no creían que fuera posible hallar la tumba. Mas ocurrió que, mientras Cicerón se paseaba, acompañado de gente principal de la ciudad, por un camino que tenía numerosas tumbas en los márgenes, observó que en un determinado lugar asomaba una pequeña columna en la que se veía una esfera y un cilindro. En efecto, allí había sido enterrado Arquímedes.

CONTRA LOS GRANDES LADRONES

De vuelta en Roma, entre las actuaciones forenses de Cicerón destacan sus discursos contra Verres en el año 70. Los sicilianos le

habían confiado la acusación contra ese pretor que en su gestión había expoliado la isla. Esos discursos le consagraron como el más encumbrado orador de la Urbe. De poco le sirvió a Verres ser defendido por Hortensio, el otro gran orador de la época, muy apreciado por Cicerón, y haberse gastado quinientos mil sestercios en sobornar a los agentes electorales y así evitar la elección de Cicerón. Se acusaba a Verres de haber saqueado Sicilia durante su gobernación, entre el 73 y el 71. En su frenesí de cleptómano, sustrajo a los sicilianos, en treinta y siete robos, que Cicerón documenta, toda obra de arte o joya importante en la que ponía el ojo: vasos, candelabros, vajillas, esculturas, incluso obras de arte colocadas en templos. Verres no era nuevo en esa clase de pillajes. Antes de pasar a Sicilia, ya había intentado sustraer estatuas y objetos religiosos nada menos que del templo de Apolo en Delos, la isla cuyos habitantes, según dice el arpinate, veían como el lugar donde había nacido ese dios. Apolo, por cierto, tenía consagrado un importante templo en Siracusa, a la entrada de la isla de Ortigia.

Cicerón realizó una importante labor de investigación. En Sicilia estuvo cincuenta días para obtener documentación. Las siete *orationes* que integran las *Verrinas* ocupan un total de trescientas veinte páginas de un libro moderno. Refiriéndose a esos discursos, dice A. Fontán: «Los abusos y coacciones que detalla Cicerón parecen arrancados de una crónica de sucesos o de un morboso relato de torturas psíquicas y físicas de una novela de bandidos» (115). Cicerón no solo pretendía defender la causa de Sicilia, sino también el honor de la república. Termina el quinto y último discurso invocando a los numerosos dioses que Verres ha ofendido con sus sacrílegos latrocinios y advierte a los jueces de que, si no condenan a tan colosal ladrón, se encontrarán con un Cicerón que seguirá defendiendo el honor y la dignidad de los sicilianos y del pueblo romano.

La oratoria de Cicerón fue tan contundente que Verres huyó a Massilia —Marsella— inmediatamente después de la primera

intervención de Cicerón. Ese proceso representó su gran salto adelante en la carrera forense. Este éxito fue el comienzo de su popularidad y le preparó el camino que le llevaría al consulado. En el año siguiente, el 69, inició su función de edil curul, en la que organizó con dignidad y éxito los Juegos que le estaban encomendados en función de su cargo: los de Ceres, Liber y Libera en abril, los de Flora, en mayo, y los Romanos en septiembre.

Para reponerse de la actividad que desplegaba en el Senado, Cicerón gustaba de retirarse a su villa de Túscolo. Nos lo hace saber su correspondencia con Ático y familiares, datándose en el año 67 una de las cartas más antiguas. En Túscolo cuidaba de su delicada salud y se entregaba a la lectura de la filosofía griega, empezando por las obras de Platón. Antes de ser elegido cónsul pronunció algunos importantes discursos. En *De imperio Gnaei Pompei* (del año 66) defendió el proyecto de ley para conceder a Pompeyo el mando de la lucha contra Mitridates VI del Ponto y, con ese fin, extender sus poderes militares a los territorios de Oriente. Este fue el primer discurso que Cicerón dio desde la tribuna de los *rostra*, dirigiéndose al pueblo. Sus palabras, que contentaron a todo el mundo y facilitarían su ascenso al consulado dos años después, se dirigían al *consensus honorum* —unión de la gente de bien— y a la *concordia ordinum*, o sea, a atemperar el conservadurismo de los *optimates* con el reformismo radical de los populares. La aparición en su vida del populista Catilina le llevaría, sin embargo, a acercarse nuevamente a los conservadores.

Tras haber sido elegido edil y pretor con las más elevadas tasas de sufragios y haber desempeñado esas funciones con general reconocimiento en los años 69 y 66, al llegar el 63 alcanza la más alta de las magistraturas, la consular. En su campaña para conseguir ese gran honor contó con la inapreciable ayuda de su amigo Ático y de su hermano Quinto, que se había casado con Pomponia, hermana de Ático. Este, que pertenecía como Cicerón al orden ecuestre,

poseía por familia y por herencia de padre una gran fortuna, que vio incrementada gracias a la que recibió de un tío suyo. Valorado en unos diez millones de sestercios, el patrimonio que heredó de su tío incluía tierras y bienes en la Hélade e Italia. Ático tenía un taller en el que trabajaban una docena de esclavos copiando textos en latín y en griego y confeccionando *volumina*. De algunos de los libros de Cicerón hizo varias ediciones. Además, poseía varias bibliotecas de las que Cicerón hizo abundante uso y guardaba celosamente las cartas que este le enviaba. Cornelio Nepote informa de que llenaban once *volumina* las que le había remitido «desde su consulado hasta los últimos tiempos». Esa colección ya era conocida y utilizada por Séneca casi un siglo después. El apoyo que prestó Ático a su amigo fue importante, si no decisivo, para que este consiguiese la magistratura consular.

En la correspondencia que Cicerón mantuvo con su hermano Quinto hay una carta, que se conoce con el nombre de *Commentariolum petitionis*, o sea, *Breve manual de campaña electoral*, cuya lectura sirve para conocer cómo pudo llevar a cabo la suya nuestro personaje. A veces se ha atribuido esa obrita a Quinto, quien debió de tener parte en su composición, aunque seguramente Marco Tulio la redondeó.

He aquí algunas frases de ese *Manual*:

«Aunque las cualidades naturales valen mucho, en un asunto de unos pocos meses las apariencias pueden vencer a tales cualidades. Procura que se note tanto el número como la categoría de tus amigos. Esfuérzate en ganarte a los jóvenes nobles. Cuanto más íntimo o de tu entorno familiar te sea alguien, has de poner especial empeño en que te aprecie, como, por ejemplo, los de tu tribu, tus vecinos, tus clientes, tus libertos y, por último, incluso tus esclavos; pues casi todo lo que se dice de tu reputación pública dimana de tu ámbito doméstico. A la gente la empujan a estar bien dispuestos y a apoyar una candidatura tres cosas, sobre todo: los beneficios obteni-

dos, la esperanza de obtenerlos y la simpatía y el afecto. Hay que ser precavido. Todo está lleno de engaño, traición y deslealtad. Tu gran valía empuja a las mismas personas a fingir que son amigos. La gente del pueblo desea que la llames por su nombre, que la halagues, que la frecuentes, que seas generoso, que se hable de ti. Cautiva más a la gente el semblante y las palabras que el propio beneficio y los hechos. Todos son de modo que prefieren que les mientas a que les digas que no. Procura que toda tu campaña sea ostentosa, brillante, espléndida, que sea popular, que tenga el mejor aspecto y dignidad; y, además, si hay modo de hacerlo, que se levante contra tus competidores el rumor de un crimen, de libertinaje o de soborno».

Las anteriores observaciones y consejos no sintonizan con el talante ético de Cicerón, pero sirven para entender los procedimientos que convenía utilizar para ganar unas elecciones. Y hay que reconocer que valen tanto para la campaña consular que el *eques* de Arpino llevó a cabo en Roma hace dos mil sesenta y cinco años como para las que pueda hacer cualquier candidato a la presidencia del gobierno de una nación o de una región en el siglo XXI. Tanto se parecen el elector de ahora y el de entonces.

CONTRA LOS GOLPISTAS

El suceso más destacado que afrontó Cicerón durante su consulado fue la conjuración de Catilina. Esa conjuración le llevó a su segunda gran actuación: las *Catilinarias*, discursos con los que desmontó el plan que ese aristócrata populista había maquinado contra la república a fin de adueñarse del poder. Harto de fracasar en sus intentos de conseguir el consulado, Catilina había empezado, a finales de la primavera del año 63, a preparar una trama en la que contaba con varios senadores. Se trataba de organizar un levantamiento armado,

aprovechando la crisis económica y las tensiones sociales, sobre todo entre los esclavos. Cicerón, consciente del peligro que amenazaba a la república y a su persona, creó un sistema de información que le dio a conocer los planes de Catilina.

El 8 de noviembre pronuncia Cicerón en el Senado su tan celebrada primera catilinaria, que inicia con la famosa frase: *Quousque tandem, Catilina, abutere patientiam nostram?* «¿Hasta cuándo has de abusar, Catilina, de nuestra paciencia?» y en la que pronuncia otras palabras que pasarán a la historia: *O tempora, o mores!* «¡Qué tiempos estos, qué costumbres!». Catilina, al ver que se le acusaba de alta traición, abandona la sala y huye, con gran número de sus partidarios, a Etruria, donde se proclama cónsul. Cicerón pronuncia otros tres memorables discursos y consigue hacer fracasar la conjuración. La operación termina con la muerte de Catilina, cuya cabeza es transportada a Roma.

Inspirados por la cuarta catilinaria, los senadores ordenaron la muerte de los rebeldes que habían apoyado a Catilina. César propuso la cadena perpetua, pero la opinión de Cicerón, al que apoyaba Catón, prevaleció, y se les condenó a la pena capital. A partir de ese momento Cicerón quiso ser reconocido como el salvador del Estado —Catón le llamó *pater patriae* «padre de la patria»— e hizo todo lo posible por mantener el recuerdo de su actuación.

Coincidiendo con el final de su consulado, Cicerón compró, a finales del 62, en el barrio más distinguido de la ciudad —el monte Palatino— una de las mejores mansiones que había en la zona. La casa tenía vistas sobre el Foro y era de las pocas con jardín. Para conseguir los 3.500.000 sestercios que costaba, tuvo que endeudarse. En esos meses también se produjo otro acontecimiento en su vida familiar: su adorada hija Tulia se casó con Calpurnio Pisón, de familia aristocrática. Calpurnio morirá cinco años después, en el 57, y Tulia, después de divorciarse de su siguiente marido, se casará con Dolabela el año 50.

Como Cicerón no paraba de hablar de las excelencias de su consulado, esa facundia provocó el disgusto de no pocos, pues, como apostilla Plutarco, estaba «siempre alabándose y ensalzándose» (XXIV). Plutarco cuenta también que «el alegrarse con extremo de que lo alabasen y ser muy sensible a la gloria lo conservó hasta el fin, y muchas veces fue un estorbo para sus más rectas determinaciones» (VI). No obstante, como se ve en una carta a su amigo Ático, Cicerón sabía reírse de sí mismo por «una cierta vanidad ridícula a la que de alguna manera soy propenso» (*EpA.* II 18). Otro rasgo del carácter de Cicerón era su falta de avaricia, a pesar de que su hacienda no era muy cuantiosa. Ni siquiera aceptaba recibir compensaciones económicas por sus defensas ante los tribunales (VII), y la casa paterna se la cedió a su hermano Quinto. «Vivió libre de envidiar a nadie», dice de él Plutarco, «acreditándose del menos envidioso tributando elogios a todos los hombres grandes que le habían precedido, y a los de su edad» (XXIV).

En el año 62, muerto ya Catilina, decidió retirarse momentáneamente de la vida política, dominada a la sazón por radicales ambiciosos. Este paréntesis concluyó en el año 60, cuando manifestó su oposición al triunvirato formado por César, Pompeyo y Craso. En el 59, año del consulado de César y Bíbulo, este intentó neutralizar al orador nombrándolo comisario responsable del reparto de las tierras de Campania entre los veteranos que combatieron contra Mitrídates. Cicerón rechazó ese destino.

En abril del 59 escribe a Ático una carta en la que le comunica el giro filosófico que está pensando dar a su vida. La filosofía de Cicerón no es solo fruto de su vasta cultura filosófica, sino también de su experiencia de la vida pública y del funcionamiento del Estado. Lo que buscaba con la filosofía era fomentar la solidaridad humana, en línea con el estoicismo; potenciar el *amor y caritas generis humani*; y un cierto «ecumenismo filosófico», en palabras de Alain Michel.

Veamos qué escribió Marco Tulio sobre la condición humana y, también, su relación con la condición divina.

«Solamente son hombres aquellos que han alcanzado la perfección en las artes propias de la humanidad» (*Re I* 29 28).

«¿Cómo puede aplicarse correctamente el nombre de ser humano a aquel que no quiere ninguna comunidad de derecho o justicia, ninguna sociedad o convivencia con el género humano?» (*Re II* 26 47).

«Ese hombre que pone de manifiesto tu forma externa no eres tú mismo; tu verdadero yo es el espíritu, no esa figura física que puede ser señalada con el dedo. Sábetelo, pues, que eres un dios, puesto que un dios es el que vive, siente, recuerda y prevé, y el que gobierna, rige y mueve el cuerpo a cuyo cuidado ha sido colocado, de la misma manera que el Dios supremo que está por encima de nosotros rige este universo» (*ReS* 24 26).

«Las personas humanas y divinas están integradas como parientes en una gran familia» (*Le I* 7 23).

«Reconocer a dios es como recordar nuestro propio origen» (*Le I* 8 25).

«El hombre debe verse como un ciudadano del universo y considerar a este como una sola ciudad» (*Le I* 23 61).

«Ningún hombre bueno deja que le haga regalos otro malo» (*Le II* 16 41).

«No hay nada que quebrante tanto y alivie la tristeza, como la reconsideración perpetua a lo largo de toda la vida de que no hay nada, que no pueda sobrevenir» (*Tus III* 16).

«Esta misma excitación del espíritu atestigüa influencia divina. Por esta razón asegura Demócrito que nadie puede ser gran poeta sin experimentar este delirio. Lo mismo piensa Platón» (*Div I* XXXVII).

«El hombre, como dice Aristóteles, ha nacido para dos cosas: comprender y obrar, cual un dios mortal» (*Sup II* 13 40).